

su muerte que ya estaba inexorablemente decretada para pocos días después; de su próxima muerte que todos comprendíamos, todos, menos él, el querido poeta...!

Y como nos lo afirmó, con la fe ciega que constituye la herencia final deparada por la suerte a las víctimas de la tuberculosis, él se volvió a levantar. Porque en la vida humana plagada de crueldades, el acaso, esa fuerza desconocida e implacable que rige los destinos del Universo se complace, bien así como el gato con el ratón, en atormentar los postreros instantes de vida de sus presas con el amargo placer de la libertad provisional: les suelta por un minuto; les dice: «vive», «goza», «ríe», y en seguida les atrapa de nuevo, les atrapa con doble, con triple crueldad, les bota, les estruja entre sus garras, complanciéndose con sanguinario placer en la impotencia del vencido.

Gamboa volvió a abandonar su lecho de tormento; volvió a pasear por las calles y avenidas de Santiago como un sano; vió de nuevo la majestuosa cordillera con la mirada placentera de los que cuentan con largos días de vida. Varias veces le encontré en la Plaza de Armas, en el Correo, en la calle de Ahumada, *restablecido*, como él decía.

Poco tiempo después, el monstruo de la muerte, que ya no le abandonaba, volvió a tomarle, ¡ay!, y para siempre! Entonces, si el médico fué más tremendo, en cambio tuvo para con él menos hipocresías. Le derrumbó en su último lecho extranjero de Santiago, donde entonces si tuvo la visión de su destino. Ya la muerte no se entretuvo en el juego malvado de concederle esperanzas que no había de ver realizadas. Apenas se le concedió dos días para subir al Cerro de Santa Lucía, al espléndido paseo santiaguino, desde donde, contemplando el inmenso horizonte, él soñó con los espléndidos paisajes de su Cauca bien amado.

En el cuarto piso de una casa de huéspedes de la calle del Estado, le

tocó, por vez final, probar las amarguras de una cama de arriendo para enfermos; las amarguras de una cama de arriendo, cuando se siente bien fuerte la necesidad del cariño maternal, el ansia infinita de ese inmenso consuelo que sólo saben proporcionarle a uno los brazos de un hermano, los besos de la madre o los cariños confortables de una hermana.

A esa mansión bien atendida, pero falta del calor del hogar, iba yo a verle con frecuencia.

Cuando después de la tregua de dos días que el dolor le concediera, recayó para no levantarse más, yo prodigué mis visitas. Iba con la convicción de que para él era un placer el verme. Porque mientras otros llegaban a discutir filosofía, yo le llevaba bromas. Cuando se está a las puertas de la muerte, la risa es un consuelo.

La enfermedad le agotó sus economías, y cuando quiso volver a su hogar, se encontró falto de recursos. Entonces apeló al medio a que han apelado tantos literatos pobres como él: a la venta desesperada de sus obras. Los amigos más íntimos nos encargamos de expenderle su «Tierra Nativa».

Yo me encargué de una parte de la venta. Con este motivo menudeaban entre nosotros los chascarrillos y las bromas.

Su libro se vendía a \$ 1,50 el ejemplar.

En cierta ocasión yo logré colocar ocho a \$ 2,00 cada uno, pero con la obligación precisa de que cada ejemplar debería contener una cariñosa dedicatoria del autor.

Llegué donde él a pedirle la dedicatoria. Sonriendo tristemente me contestó: ¿pero qué he de decirles si no les conozco?—Sí, repuse, usted les conoce.—¿Y quiénes son ellos?—Son éstos, contestéle, son estos ocho, que han dado \$ 16,00, que servirán a usted para ferrocarril y hotel hasta Valparaíso.

Gamboa, contra su costumbre, lanzó una carcajada, exclamando después: «Trigueros, Trigueros, yo tengo